

PARS PRIMA

ANNO DCCC AB URBE CONDITA
(Año 47 d.C.)



VIENTO EN LAS VELAS

Una fantasmagórica sinfonía de sonidos acompañaba el constante zarandeo de la nave: el fragor de las olas golpeando el casco, el silbido del viento entrando por las rendijas de las tablas del techo, los gritos del capitán dando órdenes a los marineros y por encima de todos ellos, los múltiples crujidos con los que la nave parecía responder como un animal herido a los sufrimientos que le producía el embravecido oleaje. Un cielo oscuro y gris entenebrece el picado mar, donde un pequeño navío parecía ser el juguete de un dios enfurecido.

Tulio finalmente había salido del cobijo del habitáculo reservado a los pasajeros en busca de agua para su esposa, al no obtener ninguna respuesta tras llamar repetidamente y a gritos a los esclavos a su servicio. Una aspersión de gélida agua salada le golpeó en la cara y le dificultó la visión de la cubierta del barco, donde buscó entre la oscuridad reinante un asidero que le permitiera permanecer en pie ante la fuerza con que las olas golpeaban constantemente los flancos de la nave. Sus esclavos habían desaparecido como las ratas en un incendio, desde que empezó a picarse el mar y a cabecear el bajel por el fuerte oleaje.

Julia no había dejado de vomitar ni un momento desde que iniciaron la travesía.

«¿Quizá mi idea e insistencia en hacer ahora el viaje a Hispania fue precipitada! —pensó Tulio, pero tras recapacitar brevemente, se reafirmó en la decisión tomada inicialmente— ¡No, este es el tiempo idóneo para viajar por el mar, aunque siempre cabía la posibilidad de encontrarse una tormenta como la que ahora estamos sufriendo!»

El hombre intentó de nuevo vislumbrar el paradero de sus criados en la oscuridad.

«El embarazo de Julia: ese hecho es lo que ha complicado todo. Si hubiera accedido a retrasar el viaje como pedía mi esposa, no habríamos podido encontrar ningún barco que quisiera cruzar el Mare Nostrum hasta Tarraco, al hallarnos en plena época de mare clausum; teniendo que retrasar casi año el necesario cabotaje. De aguardar a que Julia alumbrara, con la imposibilidad de viajar con un infante neonato, hubiéramos tenido que esperar por lo menos un año más. ¡No, la decisión ha sido la correcta! El problema real es evidente: mi esposa Julia es una mujer débil —asintió con la cabeza, gesticulando involuntariamente como si su alegato mental lo escenificase en el foro, ante un imaginario público—. Mi propia madre sin duda hubiera aguantado este viaje sin mostrar el más mínimo gesto de queja. Ella sí que era una genuina matrona romana que sabía desenvolverse con dignidad en la vida, al contrario que Julia; que desde el mismo momento en que supo mi intención de ir a la provincia hispana de Tarracensis, inició una agotadora campaña de nimias quejas, excusas y dificultades para retrasarme o conseguir que desistiera de la empresa.

¡Decididamente la esposa que mis padres me eligieron no estaba a la altura de lo que esperaba de ella! —concluyó decep-

cionado, cavilando las mil y una cosas que no le agradaban de ella— Es joven y hermosa sin duda, pero también débil y caprichosa»

Pensó que le faltaba el carácter que él siempre había visto en su progenitora y que admiraba de ella. Su joven esposa en cambio, tenía una personalidad sibilina y siempre le daba vueltas y más vueltas a todo.

Aunque el aspecto en que más le había defraudado Julia, era el hecho de que ella le rehuía siempre que intentaba ejercer sus derechos de esposo, poniendo mil y una excusas para evitar quedarse a solas con su marido en el lecho conyugal.

En sus primeros encuentros, lo achacó a la normal turbación de una esposa muy joven al descubrir esa faceta del matrimonio, pero con el paso del tiempo descubrió en ella una notoria animadversión a tener contactos íntimos maritales, cosa que ella siempre negaba, achacándolo a jaquecas, sofocos, mareos o cualquier otra providencial excusa o evasiva. Esto desagradaba en extremo a Tulio, que hubiera preferido que Julia hubiera sido una esposa mucho más sumisa, solícita y complaciente en ese aspecto.

El joven hacendado avanzó chapoteando en la húmeda y resbaladiza cubierta, venciendo la resistencia del fuerte viento y aferrándose como pudo a todas las jarcias que encontró a su paso. Finalmente llegó hasta la base del mástil central de la nave, donde mojadados y acurrucados como polluelos asustados, se hallaban sus esclavos aferrados unos a otros y asiéndose como podían a alguna de las maromas atirantadas.

Cualquier elemento firme del barco era válido para no salir despedidos por los bruscos movimientos verticales o por los mil y un barquinazos que daba el bajel en medio de la tormenta.

—¡Tasio! —gritó, sin hallar ninguna respuesta—. ¡Tasio, te hemos estado llamando a gritos...! ¿Por qué no has acudido? —abroncó Tulio a una figura acurrucada con el rostro desencajado.

—¡Tengo miedo, amo... y me encuentro muy mal! —respondió el pálido esclavo aludido, sin soltar ni por un instante el cabo al que se agarraba como si fuera su último nexa con la vida.

—¡Levántate de una vez y atiende a tu ama, si no quieres que te haga dar de latigazos! —rugió al oído del esclavo.

—¡Sí... amo! —respondió sumisamente el espantado siervo, sabiendo que su amo era muy capaz de cumplir sus amenazas.

—Tu señora quiere agua ¡Ve y llévasela!

—¡Sí... amo... ahora mismo, amo! —respondió el esclavo venciendo sus nauseas, mientras salía corriendo a cumplir sus órdenes, resbalando y cayendo varias veces camino al castillo de popa, donde se encontraba su ama Julia.

Tras unas interminables horas en que todos pensaron que sus vidas acabarían irremediabilmente en el reino de Neptuno, la tormenta amainó y se recuperó la actividad normal en el barco, aunque habiendo perdido la vista de la costa y sin que se hubiera disipado el manto de nubes que cubría el cielo, había que determinar de nuevo el rumbo a seguir. El capitán soltó unas palomas para poder conocer la dirección en que se encontraba la costa y empezaron a echar el escandallo. Finalmente salió el sol y pudieron continuar el viaje de una forma más sosegada y segura.

Un par de días después, la tranquilidad de los que viajaban en el pequeño barco de carga y pasaje se rompió al anunciar uno de los marineros la presencia de una vela en el horizonte.

Este hecho produjo un sentimiento generalizado de pánico en todo el navío cuando alguien gritó que podrían ser piratas. El

capitán intentó sin resultado tranquilizar a los inquietos pasajeros, que pudieron apreciar sin demasiada dificultad la falta de convicción de sus palabras.

—No hay motivo para preocuparse —dijo el nauclérus desde el techo del castillo de popa, un lugar en que todos podrían oírlo—.

Desde tiempos de la república, cuando Pompeyo acabó con la actividad de los piratas en el Mare Nostrum, no se ha tenido noticia de ataques de este tipo en estas aguas.

Un murmullo general apagó la voz del marino. A pesar de su explicación, seguían corriendo rumores de una histórica tradición, según la cual, algunos desalmados de los pueblos ribereños se lucraban con esas actividades. Todos los años desaparecían por uno u otro motivo, barcos en esa ruta, sin poder saberse si habían naufragado o habían caído en las manos de los ladrones del mar, que habían hecho desaparecer todo rastro de sus fechorías. A pesar que este hecho había sido desmentido reiterada y sistemáticamente por las autoridades romanas, todas estas leyendas pesaban en la mente de los aterrorizados pasajeros, cebando aún más sus numerosos miedos.

A todo ello se añadía el hecho de que durante la travesía los mismos marineros parecían regocijarse, para matar el tiempo en sus momentos de asueto, narrando en corrillos terribles historias de monstruos marinos, sirenas, muerte y pillaje, que inevitablemente habían llegado a oídos de los pasajeros. El pavor era el denominador común en los rostros de todos los del navío.

Tras momentos de gran tensión, finalmente al acercarse un poco más a la vela, pudieron ver que se trataba tan solo del barco de unos pescadores y todo el pasaje respiró con alivio.

—De todas formas y por si acaso, lo mejor será no cruzarse con ninguna otra nave en el trayecto— pudo oír Tulio al lado

suyo de labios de un marinero de aspecto curtido y mirada temerosa.

El capitán mandó que prepararan sacrificios a Neptuno y Salacia a fin de tener un viaje tranquilo hasta llegar a puerto, aunque por si acaso, muchos de los viajeros rogaron a cada uno de los dioses propios que veneraban.

Por fin tras varios días bordeando una abrupta costa, fondearon ante Emporiae, antigua y próspera ciudad comercial, caída ahora en decadencia ante el creciente poderío de otros enclaves costeros como Tarraco y Barcino.

Desembarcaron unos bultos y algunos de los pasajeros y permanecieron dos días haciendo revisiones del casco, el cordaje y reparaciones en las velas, durante los cuales algunos de los pasajeros descansaron en una de las posadas del puerto. Recargaron agua potable y alimentos para substituir los que se habían echado a perder con la tormenta: vino, trigo, queso, aceitunas, frutas frescas y secas, legumbres, carnes saladas y pan recién hecho. La comida a bordo era demasiado sencilla para el refinado gusto de los pasajeros y el nauclérus no quería arriesgarse a continuar hasta su destino sin poder ofrecerles un condumio en condiciones.

Por fin zarparon de nuevo con rumbo sur, sin perder ya de vista la abrupta y frondosa costa. Tulio estaba impaciente por llegar a su destino y así dejar de oír las continuas quejas de su esposa, por eso pasaba largas horas en la cubierta. Diversas columnas de humo se elevaban esporádicamente en la costa, indicando la situación de focos de civilización. El capitán satisfacía la curiosidad de Tulio, informándole de los nombres de algunos de esos núcleos.

Primero pasaron ante Blanda, una pequeña población fortificada para llegar al fin a una zona de costa algo más llana, donde

sobre una pequeña colina se situaba Iluro y un poco más allá divisaron otra pequeña y empinada ciudad amurallada cerca de la desembocadura de un río. Pudieron ver algunas pequeñas embarcaciones de pesca, cuyos tripulantes dejaron sus afanes para saludar alegremente a la nave comercial. El joven romano se alegró creyendo que ese era el fin de la singladura.

Tulio preguntó al capitán y este le dijo que esa urbe era Baetulo y que enseguida llegaría al final de su viaje. Poco después atisbaron a lo lejos un característico promontorio en la costa: era el Mons Jovis y supo que había llegado por fin a su destino cuando el capitán empezó a dar indicaciones a sus hombres y encararon la proa de la nave hacia la costa.

Un enjambre de gaviotas parecía darles la bienvenida con sus graznidos. Ante ellos se encontraba otra ciudad amurallada asentada en una planicie entre los ríos Rubricatum y Baetulo, se dirigieron hacia el imponente monte donde al lado de una playa de barcas varadas, se encontraba un pequeño muelle de piedra, echando las anclas y amarrando el barco. Era la “Colonia Iulia Augusta Faventia Paterna Barcino”, el destino final de él y su esposa, aunque la nave seguiría su viaje, ya sin ellos, hasta Tarra-

co.

Tulio con una radiante sonrisa se giró buscando a su esposa.

Julia tenía una expresión que le recordó a la de los condenados esperando salir a la arena de un anfiteatro.

UNA VIDA ATORMENTADA

Si bien desde muy pequeña había sido preparada para aceptar el destino reservado a toda mujer romana, ahora que lo afrontaba supo que ciertamente la habían engañado en todo. El corto periodo de convivencia con su esposo no había sido para ella todo lo ideal y placido que había esperado.

Aunque la habían comprometido de muy joven al hombre con el que tendría que compartir el resto de su vida, no lo conocía más que por las referencias que le había dado su familia. Estas habían sido muy favorables y en los escasos encuentros que habían tenido antes de la boda la impresión que había causado en la joven su futuro marido fué bastante buena. Físicamente le pareció de porte atlético y apolíneo, y aunque en sus rasgos tenía un gesto adusto y sombrío, en general lo encontró bien parecido.

Esto fue para ella un alivio, pues antes de eso había soñado muchas noches que sus padres la desposaban con un viejo huesudo, decrepito y baboso; o bien con un gordo y deforme muchachón. Pero había tenido suerte al fin y al cabo, pues su futuro marido era un joven apuesto. No obstante, algo en la expresión de

su cara no le gustó desde el principio aunque no sabía muy bien el qué.

Ya en los esponsales, vio que Tulio era un poco seco y frío en el trato, pero pensó que con el tiempo se mostraría más abierto y amable con ella. A esta esperanza se aferró durante los meses anteriores al día de las *nuptiae*, el día que tendría que ofrecer sus muñecas de niña a los Lares, rogándoles con un sinfín de letanías aprendidas cuidadosamente que su matrimonio fuera propicio, placido y satisfactorio para su familia.

Al fin y al cabo, ese era el hombre que le habían elegido sus padres, y ella, según la costumbre romana tenía muy poco que decir. Las conversaciones prenupciales se desarrollaban entre los *patresfamilias*, que llegaban al acuerdo de llevar adelante el matrimonio, o no, y casi siempre por exclusivos motivos de conveniencias políticas, de estrategias de poder o afinidad entre familias.

Tras las nupcias y después de pasar la primera noche en el lecho conyugal junto a su marido, si le hubieran dejado expresar su opinión, seguramente hubiera preferido no casarse con ese hombre.

Pero no podía opinar. Todo lo que se esperaba de ella, al despedirse definitivamente de la casa de sus padres tras los esponsales, era que pudiera cumplir con su obligación de esposa. Las expectativas que todo romano esperaba de una esposa eran sencillas: ser sumisa a su marido y darle con prontitud un heredero que perpetuara el nombre de su familia. No cabía anhelar nada más, ni amor, ni ilusión por la vida en común. Solo debía profesar obediencia y respeto a su esposo y con suerte, surgiría el cariño entre los cónyuges con el tiempo y los hijos. Ella, educada en las buenas costumbres de una familia cuyas raíces se remontaban

a la fundación de Roma, fue preparada desde su nacimiento para ese destino.

Tras repasar su vida anterior, reconoció que después de todo, su infancia no había sido tan mala. Había vivido con todas las comodidades que se podían obtener en una ciudad romana y en el seno de una familia acomodada: educación, vestidos, sirvientes, músicos, buena comida y una *domus* espaciosa y llena de lujos. Sus padres habían sabido mantener una cómoda y plácida convivencia, viéndose solo cuando les era inexcusable no hacerlo. Intuía que su padre mantenía relaciones íntimas con otras mujeres y con las sirvientas de la casa, pues aparte de sus hermanos y hermanas, algunos de los pequeños esclavos mantenían rasgos particularmente familiares en su fisonomía.

Y es que en Roma no era tan importante la sangre que corriera por tus venas, como que esa sangre fuera reconocida convenientemente durante los primeros días de vida. Esta potestad del *paterfamilias* había llegado incluso a permitirle disponer de la vida de hijos deformes o no deseados. El simple hecho de que en el momento oportuno el padre no cogiera en brazos al neonato presentado a sus pies: su presunto hijo, simbolizaba su negativa a reconocerlo como propio. Eso era razón suficiente para hacer que desde ese momento fuera tenido como un extraño; es decir: como alguien que no era considerado digno de pertenecer a esa familia y por consiguiente, abandonado a su suerte o más exactamente: a la voluntad de los dioses.

Esa antigua costumbre recogida ya en las Doce Tablas, siempre le había producido una terrible angustia, porque aunque ese derecho había sido limitado por las leyes siguientes, era en la práctica una costumbre común en todo el Imperio.

El hecho de pensar que solo por una decisión de su padre podría haber tenido una horrenda existencia como criada o peor

aún, vendiendo su cuerpo para beneficio de su dueño a manos de un proxeneta, le producía escalofríos.

Pero ella había tenido suerte al fin y al cabo. Su padre la recogió del suelo y le dio un nombre. Seguro que su padre estaba de buen humor aquel día y su madre no le había dado ningún motivo, real o no, para dudar en recogerla de sus pies.

¿Pero y si no hubiera sido así? ¿Qué hubiera sido de ella si durante la semana anterior a su nacimiento hubiera tenido algún revés en sus negocios o en sus aspiraciones políticas, o si su madre hubiera hecho algo que le desagradase u ofendiese? ¿No podría haberle hecho pagar a ella su descontento? O bien, también podría haberla abrogado a una existencia mísera y penosa por el solo hecho de ser una hembra, cuando él esperara o deseara tener un hijo varón.

Por suerte para ella, su padre ya tenía un heredero, y seguramente pensó en que una hija le vendría bien para poder afianzar las alianzas con alguna otra familia influyente con una conveniente boda que satisficiera y uniera los dos linajes.

¡Sí, realmente ella había tenido mucha suerte! Los dioses le habían sido propicios el día de su nacimiento.

¿Pero qué pasaría con el hijo que llevaba en su vientre? ¿Su esposo levantaría a su hijo o hija o le negaría su paternidad y una existencia como hombre libre y ciudadano romano? ¡Oh dioses!, ¿por qué me atormentáis con estos pensamientos? Podría estar pensando en multitud de cosas, como en buscar una matrona adecuada para su futuro hijo, o eligiendo telas para un nuevo vestido para cuando, tras la cuarentena, tenga que volver a conquistar a su esposo. Pero no, se veía condenada a hacer elucubraciones sobre aquello que podría o no podría acontecer, sin tener ella control sobre su certeza.

¿Porqué en vez de darle los dioses una mente plácida y llana, le había condenado a plantearse constantemente todos y cada uno de los aspectos cotidianos de una vida injusta y caprichosa? Preguntándose constantemente el “porqué” o el “si en vez de”.

Ciertamente, envidiaba la sosegada vida de una simple búfala en un tranquilo prado, sin tener que hacer otra cosa que pacer plácidamente todo el día, esperando solo la llegada de la hora del ordeño y siendo feliz con su sencilla existencia. En vez de ello estaba condenada a hacerse mil preguntas y no poder hallar respuesta, ni contentamiento como un filósofo.

Su cabeza estaba a punto de estallar con todos estos pensamientos, mientras bordaba a la sombra del corredor que rodeaba el *perystilum* de la *domus* de su esposo. Sí, porque aquella era la *domus* de su esposo, pues aquella casa no la podía considerar como suya, ya que se sentía en ella como una extraña. No se había podido acostumbrar a la vida en las provincias, en tierra de bárbaros, tan lejos de todo lo que le era familiar y conocido.

El hecho de que las obras de la casa estuvieran sin concluir alteraba aún más el estado de sus nervios y la hacían vivir sumida en una continua sensación de tensión, precariedad e inestabilidad emocional, motivada por tener que cambiar constantemente de aposento, en función del desarrollo de los trabajos.

Todos estos hechos repercutían en su psique, ya profundamente impactada por la expectativa de tener que vivir separada de todo lo que anteriormente le era conocido y querido. Además, estaba la triste expectativa de tener que convivir a diario con aquel extraño que era su marido y tener que conocerlo. Sí, conocerlo en el justo sentido de la palabra.

Nunca hubiera pensado que el acto marital fuera una cosa tan vil, dolorosa y poco gratificante para la mujer. Su marido se había comportado desde aquel primer día como un perro jadean-

te, arrancándole la ropa y atacándola de la forma más directa, brusca y desconsiderada, hasta conseguir todo aquello que deseaba obtener de ella. No había podido olvidar nunca aquella primera experiencia: su humillación, su asco y su dolor. Ese desagradable y doliente recuerdo había condicionado los siguientes contactos íntimos con su esposo, demasiado frecuentes para lo que ella hubiera deseado.

La tensión por los preparativos para el traslado desde Roma de todas sus pertenencias y el mismo accidentado viaje, parecían haber ejercido un efecto estimulante en su esposo. Para su desgracia, Tulio se mostraba últimamente más solícito e insaciable de lo normal, así como seco y directo en extremo, en sus contactos.

Nunca hubiese pensado que estas experiencias pudieran volverse más desagradables con el tiempo y de hecho, ella no se había podido acostumbrar.

Ahora comprendía cuan insoportable debía ser la vida de una *meretrix*, condenada a ganarse la vida de aquella manera tan ignominiosa y el gran servicio que podría hacerle una de ellas o cualquier otra mujer que quisiera, como amante sustituta, privarle de la penosa tarea de saciar carnalmente a aquel hombre al que tenía la obligación de llamar marido.

Ojalá Tulio pudiera encontrar una de esas mujeres que le hiciera olvidar que ella existía en el aspecto físico, como solía hacer su padre. Así la podría dejar vivir en paz, permitiendo que se ocupara solo del gobierno de la casa y de sus hijos.

De pronto sintió un escalofrío y un sentimiento de arcada que le subía por la garganta.

«¿Hijos? ¡Solo el recordar lo que era necesario pasar para engendrarlos, era razón suficiente para conformarse únicamente con el hijo que esperaba! No lograba entender cómo había muje-

res que podían engendrar siete u ocho hijos —pensó y una expresión de asco deformó su joven rostro—. ¡No! Ella no tendría más que un hijo, así nadie podría decir que no había cumplido con su obligación de esposa —se decía mientras balbuceaba confusas palabras mientras ensimismada, recorría la estancia con pasos rápidos, errantes y nerviosos—. ¿Pero... y si no tenía un hijo? Si su primer hijo fuera una hembra... ¿se vería obligada a volverse a quedar encinta! ¡No, eso no era posible... los dioses no podían ser tan crueles con ella!»

Salió de la estancia y se dirigió al sagrario del atrio y se hincó de rodillas ante él, mirando alrededor y segura de que nadie la observaba, levantando teatralmente los brazos, exclamó—. ¡Juturna, ya que me afligiste al no darme un feliz casamiento, cuida ahora de mi embarazo! ¡Antevorta, ayúdame tú también y permite que esto que llevo en mis entrañas sea un varón!

Repetiendo estas letanías pensó que tenía que conseguir urgentemente unas estatuillas de esas deidades para su altar de los Lares. Esos pensamientos esperanzados calmaron al menos momentáneamente su angustia.

«Tal vez mi preñez sería una excusa perfecta para que Tulio no siga acosandome para tener nuevos contactos maritales conmigo —pensó aliviada.

Su rostro se iluminó de pronto con una sonrisa, consciente de que este hecho era una posible escapatoria a lo que se había convertido en su mayor angustia cotidiana: quedarse a solas con su esposo.

Así que a partir de ese momento, había magnificado y multiplicado de forma exageradamente visible los malestares propios del embarazo para evitar la posibilidad de cualquier encuentro íntimo con Tulio, utilizando un extensísimo repertorio de excu-

sas, sobre todo en estas últimas semanas, con el pretexto de no hacer peligrar la vida de su futuro heredero.

Al mismo tiempo que procuraba eludirlo, también intentaba guardar la apariencia de una perfecta esposa y ama de su domus. Este doble juego: las sonrisas forzadas por un lado y los intentos de eludir siempre que le era posible todo contacto con la piel de su marido, por otro, parecían producir en Tulio un estado de confusión que poco a poco se había convertido en un sentimiento obsesivo hacia su esposa. Tulio, ofuscado por la situación y perturbado por un cúmulo de miedos y recelos, la hacía espiar por el servicio para saber cómo se encontraba y donde estaba en cada momento.

Como en una malévol y confusa fábula, ese hecho de sentirse continuamente observada... perseguida... encerrada, había acrecentado hasta extremos insospechados la fobia visceral que ya sentía por su cónyuge y a resultas de este tenso estado, había perdido finalmente al hijo que esperaba.